

“Los habitantes de Myanmar están cansados de recibir promesas vacías”



- Desde el inicio del conflicto, hace cuatro años, los obispos de este país de Asia pidieron a los ciudadanos que mantuviesen la calma a pesar de “los inesperados y estremecedores acontecimientos” y que no recurriesen a la violencia: “ya hemos derramado suficiente sangre». Insisten en que, también, hay formas no violentas de protesta.
- Desde la Fundación Pontificia Ayuda a la Iglesia que Sufre nos llega un panorama de la situación actual de Myanmar. Compartimos aquí la primera parte; el texto completo está disponible en www.humanitas.cl.

POR COMUNICACIONES AYUDA A LA IGLESIA QUE SUFRE, CHILE

Sorprende que nadie hable de ello, pero Myanmar está lejos del radar de occidente y cuesta que pongamos atención a sus procesos. Los mayores además no conocen el nombre, y entienden de qué lugar del mundo hablamos recién cuando se les aclara que es Birmania. La antigua colonia inglesa que encontró su independencia en 1948 cambió de nombre en 1989 para con ello no beneficiar solo al pueblo birmano, una de las más de cien etnias que viven en el país.

Desde su independencia Myanmar no ha encontrado la paz y sucesivas guerras civiles han desgastado al país. Estuvieron cerca de cesar los conflictos el 1 de febrero de 2021, pero esa madrugada la ministra de Asuntos Exteriores y asesora presidencial, Aung San Suu Kyi, Premio Nobel de la Paz 1991, fue nuevamente arrestada (ya antes había vivido 15 años de arresto domiciliario) y no ha podido salir de casa, pero al menos está con vida, algo de lo cual muchos de quienes iban a formar parte de su gobierno, no pueden decir.

Alguien que no olvida a Myanmar es el Papa Francisco. En noviembre de 2017, contra todos los pronósticos llegó al país y se reunió con la comunidad católica que, aunque antigua (más de cinco siglos de presencia) es pequeña, unos 700.000 mil fieles, dentro de los más de 51 millones de habitantes, donde los budistas representan el 88,9% de la población, en tanto los cristianos suman solo el 6,3%.

Durante su visita, el Papa les habló de paz y armonía, la misma paz por la que ha rezado en numerosas ocasiones desde la plaza de San Pedro, oración que ha renovado en este año jubilar marcado por la esperanza. El miércoles pasado no fue la excepción. Señaló: “La guerra es siempre una derrota, no lo olviden. Y ¿quién gana con las guerras? Los fabricantes de armas. Por favor, recemos por la paz”.

Eco del llamado papal fue la homilía del cardenal Charles Maung Bo, arzobispo de Yangon, en Navidad: “El nuevo Año Jubilar trae un mensaje de alegría y amor que urge

aplicar en el contexto de Myanmar. Nuestra querida nación anhela y necesita la paz”, dijo, pidiendo el fin de la violencia por parte de todos los actores implicados. “Que 2025 –deseó– sea un año de reconciliación y se concrete el reasentamiento de los refugiados de nuestro pueblo”, en referencia a los más de tres millones de desplazados internos que hay en el país como consecuencia del conflicto civil, una cifra que no deja de crecer desde hace al menos tres años.

Sus oraciones, las del Papa Francisco y las de millones de fieles, pueden estar dando frutos y se prende una llama de esperanza ante el anuncio de un acuerdo formal de alto el fuego entre la junta militar golpista y los rebeldes. El anuncio de la tregua lo hizo China, que está mediando entre las partes y fue difundido por Vatican News.

Algo de historia

Desde el golpe de Estado perpetrado por la junta militar en febrero de 2021, Myanmar ha experimentado un cambio drástico. En un principio, la desobediencia civil se convirtió en un movimiento generalizado, con jóvenes desarmados que salían a las calles a enfrentar a los militares, convencidos de que debían hacer algo que cambiase sus destinos. Sin embargo, la situación evolucionó hacia un conflicto civil con la aparición de las Fuerzas de Defensa del Pueblo, que en una segunda fase se unieron a los ejércitos de las minorías étnicas, formando una coalición rebelde. Esta alianza lucha hasta hoy contra el Ejército regular de Myanmar provocando miles de muertos.

El país está profundamente dividido: las zonas centrales y principales ciudades, como Naypyidaw, Yangón y Mandalay, permanecen bajo control del régimen militar, mientras que los estados periféricos y las zonas fronterizas están dominadas por las milicias de la coalición rebelde. En medio de este conflicto, la población civil es la más afectada, con un número récord de desplazados internos que supera los tres millones de personas. Las regiones de Chin, Magway y Sagaing, en el norte de Myanmar, concentran el mayor

número de desplazados, con casi 1,5 millones de personas buscando refugio.

Según las últimas estimaciones, ha informado Vatican News, hay más de quince mil muertos, decenas de miles de heridos y más de un millón de desplazados internos, obligados a vivir en condiciones desastrosas, con graves dificultades para encontrar alimentos, agua y medicinas. Según UNICEF, más de cinco millones de niños necesitan ayuda humanitaria y ocho millones carecen de educación. La economía se hunde, con una tasa de desempleo del 40%.

El padre Ne Ne describe la situación en Yangón:

En la ciudad, la vida transcurre casi con normalidad. Nuestros fieles siguen viniendo a la iglesia, y las actividades pastorales y de culto continúan. Sin embargo, siempre con una condición: que no hablemos de política ni deslegitimemos el poder establecido. Sabemos, los fieles lo saben, que rezamos por la paz y la justicia. Al menos podemos celebrar los sacramentos y realizar nuestras iniciativas espirituales.

La situación es mucho más grave en las zonas de conflicto abierto como Loikaw, la diócesis del estado de Kayah a la que pertenece el padre Bernardino Ne Ne:

En zonas como Loikaw, los ataques aéreos, los enfrentamientos armados y la destrucción de bienes civiles siguen causando graves sufrimientos, con el resultado de heridos y nuevos desplazamientos forzados. Sabemos que cientos de miles han huido a zonas rurales y montañosas, y muchos de estos refugiados son católicos.

Al inicio de la crisis, las parroquias y los institutos religiosos abrieron sus locales para acoger a los desplazados. Sin embargo, al intensificarse los combates, todos se vieron obligados a huir. Las iglesias están cerradas porque no quedan fieles en el territorio. De las 39 parroquias del territorio de la diócesis de Loikaw, ahora sólo funcionan nueve. En una de ellas, dedicada a la Madre de Dios, al norte de Loikaw, voy a ejercer el ministerio pastoral de párroco”, explica el padre Ne Ne.

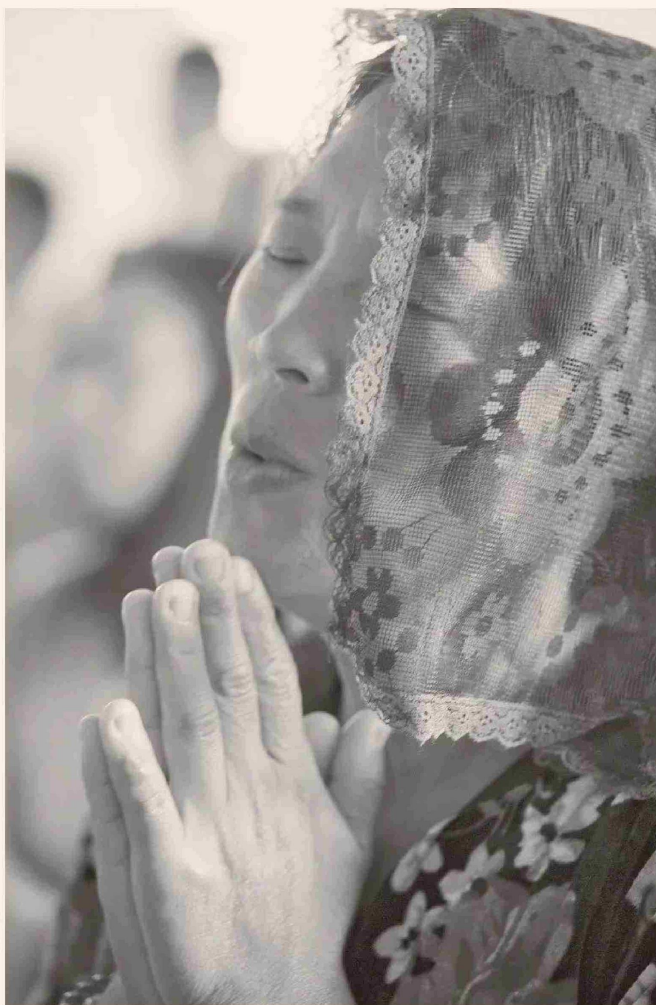
Hoy, ejercer el ministerio pastoral en estas zonas significa “estar entre los desplazados, visitarlos y celebrar con ellos en los campos de refugiados improvisados donde viven. Sólo en mi futura parroquia hay 15 campamentos: algunos con más de 200 personas, otros asentamientos con 40-50 personas”, añade el sacerdote. Ser sacerdote en Loikaw en estos tiempos de guerra “significa compartir su suerte, estar en medio de ellos, ser una presencia de consuelo y esperanza”.

La misma situación de sufrimiento y desplazamiento que viven miles de fieles en la diócesis de Loikaw afecta también al obispo Celso Ba Shwe. El prelado tuvo que abandonar la catedral de Cristo Rey y el centro pastoral contiguo en noviembre de 2023, cuando el ejército birmano tomó posesión del lugar, convirtiéndolo en una base militar.

Una Iglesia comprometida

Como señalamos antes, la Iglesia abrió sus puertas a los jóvenes que se movilizaban por conseguir nuevos derechos y la anhelada paz, pero rápidamente el movimiento devino en algo violento.

La iglesia debió sortear múltiples dificultades para defenderlos, famosas se hicieron las imágenes de una religiosa que se arrojó



“Las iglesias, los hospitales y las escuelas están protegidos por la Convención de La Haya (...) Al margen de tratados y protocolos, deberíamos recordar que la sangre derramada no es la sangre de un enemigo. Las personas que han muerto o han resultado heridas son ciudadanos de este país”, Cardenal Bo.

en el camino de los militares y suplicó el fin de la violencia. También fue impresionante el ejemplo de un sacerdote católico que, junto con un pastor protestante, fue capaz de negociar la retirada de la policía y los manifestantes. Que su ejemplo ablande los corazones de las autoridades y dé los pasos a la anhelada paz.

Desde esa fecha la Iglesia ha intentado mediar y llamar la atención de occidente. En junio de 2021, en un “serio llamamiento”, el Cardenal Charles Maung Bo, arzobispo de Yangon (Rangún) y presidente de la Conferencia Episcopal de Myanmar, se dirigió a la comunidad internacional. El motivo fue el ataque contra la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en la ciudad de Kayanthayar, en el sureste del país, precisamente el lunes de Pentecostés de ese año. Cuatro personas murieron y ocho resultaron heridas.

El Cardenal condenó el acto como una “tragedia humanitaria”, y señaló que la gente había acudido a la iglesia para protegerse a sí y a sus familias. La iglesia misma también ha sufrido graves daños, indica Mons. Bo, a quien la evolución del país llena de “pena y dolor”.

Hablando en nombre de la Conferencia

“Según las últimas estimaciones, ha informado Vatican News, hay más de quince mil muertos, decenas de miles de heridos y más de un millón de desplazados internos, obligados a vivir en condiciones desastrosas, con graves dificultades para encontrar alimentos, agua y medicinas”. En la imagen, mujer reza por la paz en su país. Archivo ACN

Episcopal de Myanmar, el Cardenal señala que “las iglesias, los hospitales y las escuelas están protegidos por la Convención de La Haya”, acusando de violación del derecho internacional a los militares, que volvieron a hacerse con el poder a principios de febrero de 2021. “Al margen de tratados y protocolos, deberíamos recordar que la sangre derramada no es la sangre de un enemigo. Las personas que han muerto o han resultado heridas son ciudadanos de este país”.

Ese año monseñor Bo era enfático en señalar: “Esto tiene que parar”. Pero se van a cumplir cuatro años del inicio del conflicto y sólo hay una promesa de iniciar una tregua. Sin embargo, no pierden la esperanza: “La paz es posible. La paz es el único camino. La democracia es la única luz en ese camino”.

La educación

Casi cuatro años después del golpe de Estado y del estallido de la guerra civil en Myanmar, además de los desplazamientos masivos y el sufrimiento económico, uno de los ámbitos más afectados ha sido la educación. El futuro del país está en riesgo debido a la imposibilidad de que los niños y jóvenes continúen con sus estudios en todos los niveles.

Los estudiantes universitarios, en particular, han estado en primera línea en la oposición a la junta militar. Primero participaron en el movimiento de desobediencia civil y, posteriormente, se alistaron en las filas de las Fuerzas Populares de Defensa, lo que ha provocado un abandono voluntario de sus estudios.

Según datos de la ONU, las escuelas públicas permanecieron cerradas durante 532 días entre febrero de 2020 y febrero de 2022. A pesar de que las autoridades militares ordenaron la reapertura, cerca del 30% del personal docente se unió a la desobediencia civil y fue despedido. Muchas familias, en desacuerdo con las imposiciones del régimen, también han retirado a sus hijos de las escuelas. Como resultado, existe un grave riesgo de que los estudiantes hayan perdido definitivamente más de tres años y medio de educación, con un colapso especialmente evidente en la educación secundaria.

En estas áreas remotas, han surgido instituciones educativas independientes, impulsadas por organizaciones sociales y religiosas, que ofrecen escolarización básica y cursos técnicos en enfermería, tecnología o idiomas para adolescentes. Sin embargo, estas iniciativas no cuentan con reconocimiento oficial y, por lo tanto, no pueden otorgar títulos académicos. (...)*

* Continuar leyendo en www.humanitas.cl.



Veintiséis años sirviendo al encuentro de la fe y la cultura
www.humanitas.cl